



Mi partida

Siete décadas de mi vida

César Herrero Hernansanz

...

Las llagas se mostraban en carne viva. El odio, el rencor y la impotencia, los atropellos, los muertos en combate y asesinatos, la cárcel, los trabajos forzados, el exilio y el destierro aún sangraban por las heridas de los vencidos. En contraposición, una desproporcionada borrachera de soberbia y poder saturaba el corazón de los vencedores. El momento político era tenso e intenso. Acababa de concluir la Guerra Civil Española. La manzana, no ya de la discordia, sino tan sólo de la disensión, se esfumó y el manzano fue arrancado de raíz. Quedó completamente barrido y silenciado el bando de los vencidos. Los que no desaparecieron o se autoexiliaron, se cambiaron de chaqueta, pasando de fervorosos comunistas a fervientes falangistas, aclamando con vivas al gobernador de Segovia cada vez que visitaba el pueblo. Éste era el ambiente que respiraban al inicio de la década de los cuarenta, los pueblos de España y más intensamente los pequeños núcleos rurales de los campos de Castilla.

Por tanto, nuestra generación, más que ninguna otra, puede ostentar con toda justicia el triste título de Hijos de la Guerra.

El momento político se intensificó y radicalizó aún más con el inicio en 1940 de la Segunda Contienda Mundial, ya que el bando de los vencedores se alineó ideológicamente, tanto por la obligada correspondencia de las generosas ayudas recibidas durante nuestra Guerra Civil como por ideario, del lado de nazis alemanes y fascistas italianos. Aunque el gobierno hiciera el paripé de aparecer militarmente neutral, envió la División Azul, una división de elite, al frente ruso, de la que se enorgulleció el régimen franquista. La lógica consecuencia de su levantamiento contra la autoridad establecida de la República, la propaganda de las Brigadas Internacionales y su alineamiento con el Eje se plasmaría en las siguientes décadas en el bloqueo político a la dictadura española del general Franco.

Por otra parte, en Castilla aún daba coletazos el resentimiento antiamericano por el desastre colonial del 98 con la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

La única fuente de alimentos y de “toda riqueza” era el mundo rural y la plaga, que causaba estragos, la escasez. Escasez de todo. Escasez de alimentos, equipamientos de la época y abonos; de dinero, materias primas y ropas confeccionadas; de libertad, democracia y justicia; de ideas, formación, información y participación; de vías de comunicación y manos para trabajar debido a la sangría de la guerra y a la excesiva duración del servicio militar, que absorbía a la juventud tres o cuatro de sus mejores años. En fin, la escasez de un largo etc. Para colmo de males, el dos de mayo de 1944 nos trajo el regalito de la helada del siglo, dejando los cereales en Castilla con un palmo de altura y sin espigas. Circulaban el pan de cebada y centeno y se llegó al extremo de arrebatarse salvados y otros alimentos a animales. Fueron los años en que España, justo es reconocerlo, comió pan gracias a la generosidad de Argentina y Perú, que nos suministraron su trigo hermano.

Además, el férreo control de Abastos esquilmba las escasas producciones de cereales. Cada año había que efectuar meticulosas declaraciones de cosechas por escrito al Estado, que las intervenía y repartía mediante cartilla de racionamiento. Este sistema se mantuvo hasta entrados los años cincuenta. Aunque de hecho consistía en la imposible distribución de la miseria, era el único pan, que llevarse a la boca... (Pág. 11-12)

...

En alguna ocasión, el afán de felicidad de *Peón de Rey* efectuó movimientos peligrosos al margen de la estrategia combinada, que pondrían en riesgo la defensa de *Caballo de Rey*. Circulaban por el Paseo de Recoletos unos tranvías muy antiguos, que tenían fuerte atractivo para la chiquillada de aquellos años. Parecían grandes cajas de zapatos azules con ventanas de guillotina y cuatro accesos laterales para viajeros, situados dos en cada lateral, delante y atrás, que no llevaban puertas sino cadenas. Cuando los viajeros llenaban el interior del tranvía, el cobrador quedaba aprisionado y sin posibilidad de movimientos. Lo que aprovechábamos jóvenes y chiquillos para arracimarnos en las barras de accesos exteriores, aguantándonos unos a otros, viajando con el débil apoyo de una mano y la punta de los zapatos en algun soporte, el cuerpo al aire y casi en suspensión. Otras veces nos colocábamos sobre los estrechos parachoques de atrás, sujetándonos al trole. Cuando el cobrador conseguía llegar a nosotros, nos soltábamos y echábamos a correr. En ocasiones, debido a prisas y tirones, desconectábamos el trole parando el tranvía. La gozada, el morbo, consistía en el riesgo de viajar suspendido por fuera y sin pagar.

Por otra parte, empezaba a tomar fuerza el legado de antepasados de *Caballo de Dama*, que, a su vez, reforzaba entrañablemente la sensibilidad de *Caballo de Rey*, la felicidad de *Peón de Rey* y el proceso de recreación y transformación cultural de *Peón de Torre de Dama*. Entonces había en Madrid tres elementos o instituciones, que llamaban poderosamente mi atención.

Uno, las farolas de gas, que en algunas calles de la ciudad, como Alcalá, levantaban su cuerpo artístico y suspendían en las frías noches madrileñas su mortecino y esférico halo luminoso, llenando la niebla de fantasmas desnudos y hongos blancos. Todos los días al anochecer y amanecer aparecían enfundados en largos blusones unos duendes llamados faroleros con la pértiga del mechero en su mano, dando vida a cada farola o quitándosela. Esta visión nocturna y su ritual me transportaban a otra dimensión.

Otro, lo constituían los serenos. Todas las noches alrededor de las diez u once aparecía cada sereno en su zona con blusón negro y largo, gorra de plato, chuzo, silbato y voluminosos juegos de llaves engarzados en anillas, y éstas ensartadas en su cinturón. Yo diría que todos tenían abundante mostacho y, quien no lo tuviera, no podría ser sereno. Vigilaban hasta las seis o siete de la mañana. Se les llamaba gritando *sereno* o *dando fuertes palmadas*. El sereno respondía al grito de *ya voy, con fuertes golpes de chuzo sobre el suelo* o *con silbato*. A veces tocaba esperar media hora para que abriera la puerta. Si la memoria no me traiciona, formaban un gremio sin sueldo, cuyos componentes los seleccionaba el Ayuntamiento, y vivían de generosas propinas. Si no se la dabas o era ridícula, mantenía tendida la mano y su mudo gesto te la reclamaba. Eran los ángeles de la noche.

El tercero, el cuerpo de barrenderos municipales, que en parejas o tríos y con grandes escobas, limpiaban las calles en un abrir y cerrar de ojos, a los que seguían los malabaristas de la manguera. Las bocas de agua en las aceras distaban unas de otras tal vez más de cien metros. Suplían la distancia largas mangueras de lona con regulación en su punta, como las de bomberos, consiguiendo potentes y largos chorros de agua. Me impresionaba su destreza en el manejo de la manguera. Lo mismo limpiaban con poderoso y fino chorro los ángulos y recovecos que abanicaban la calle a lo largo con tupida cortina de agua, sin mojar a transeúntes, ni vehículos. Los chiquillos jugábamos a correr delante del agua, gritando *a que no llegas*. Los barrenderos más juguetones, ignorando nuestra provocación, pero siguiendo el juego de reojo, conseguían que la tromba de gotas de agua rebotada nos pisara los talones... (Pag. 46-47)

...

Por el Centro de Lima pasaron personajes religiosos de relieve, como el padre Pedro Arrupe, entonces Provincial de Japón, con el que convivimos algún día. Era español, vasco. Se mostraba austero ante las comodidades relajantes. Opinaba que había que desechar la vida muelle, los sofás, etc y aferrarse, como toda la vida, a la austeridad de la silla. Siendo Maestro de Novicios, vivió en Hiroshima, Japón, los desastrosos efectos de la primera bomba atómica. Nos relataba los instantes iniciales de aquella desconocida radiación. Suelos, en los que esta poderosa energía grababa con su pincel las figuras de personas, que hasta entonces perduraban, elevación brusca de temperaturas, quemaduras, carreras de la gente a ninguna parte y secuelas radioactivas en personas y naturaleza. Insistía en que el pueblo japonés tenía un carácter fuerte y orgulloso, similar al español, y que, en cuanto pudieran, devolverían de alguna manera el golpe a USA. Hablaba con pasión de la misión de la Compañía de Jesús.

Poco después, en 1965, fue elegido Prepósito General de la Compañía, que abrió al mundo. Los últimos años de su vida padeció trombosis cerebral, que le dejó disminuido de movimientos, pero totalmente lúcido. Viéndose imposibilitado, renunció a su mandato de Prepósito General de la Compañía en 1981. Ante las duras e inmisericordes críticas a su gestión se mostró humilde, manifestando que se daba por satisfecho y feliz si sus esfuerzos, preocupaciones, desvelos y trabajos habían hecho de la Compañía un poco más de Jesús. Los últimos años de su vida manifestó en su rostro gran parecido con Ignacio de Loyola. ¿Casualidad?, ¿proximidad o parentesco genético por su procedencia vasca?, ¿o el espíritu recio, abnegado y entregado de ambos a la misma causa moldeó su expresión? Quizás las tres tengan parte en este asombroso parecido. Posteriormente, en los días de su muerte, me enteré que ingresó en la Compañía en 1927, estudió medicina con Severo Ochoa en Madrid, disputándole el premio de fin de carrera y se exilió en 1936... (Pág. 63-64)

...

No puedo por menos de relatar un diálogo con un compañero de habitación y vecino de cama, cuya secuencia me ha acompañado a lo largo de mi vida:

—César, a ti que eres soltero no te hace falta vivir. Pero a mí, que tengo cuatro hijos, me hacen falta estas manos para alimentarlos, me decía desde la desnudez de su alma Higinio, un barbero cincuentón de La Mancha, a la vez que me mostraba y abría sus gruesas y vastas manos desplegando los dedos y se le agrandaban y humedecían las pupilas.

—Higinio, le replicaba, tú puedes dar gracias a Dios porque has tenido la posibilidad de vivir cincuenta años largos y formar una familia. Pero yo no he tenido aún la opción de vivir. Ojalá pudiera llegar a los cincuenta y formar una familia como tú. Me daría con un canto en los dientes, sería para agradecerlo.

Meses antes de abandonar Valdelatas le vi morir en su cama, pasando a ocupar su espacio de preferencia junto al ventanal. Entonces aquel diálogo me produjo desazón. Sin embargo, hoy, limado con la erosión del tiempo y fertilizado con amor, concienzo que tenía más razones que yo para vivir y hubiera aceptado sacrificarme por sus manos e hijos y me gustaría hacerles llegar que, aun en aquellas angustiosas circunstancias, tenían “un padre”, de lo cual fui testigo.

También vi fallecer a Manolo, compañero de habitación, un bala perdida andaluz con seis hijos, que se conquistaba a una monja para que le llevara comida mejor, golosinas o mimos. ¡Cuánto lo sintió la monja! Y vi morir de esta terrible enfermedad a otros muchos compañeros de sanatorio. Valdelatas era un negro túnel sin salida. Cada día era un duro desafío, una especie de ruleta rusa. No sabía cuándo me podía tocar el turno a mí. Las visitas eran escasas. Salvo mi madre, algunos hermanos y familiares, mi novia y unos cuantos compañeros jesuitas, como Jesús Herrero, Carlos Cardó, Lazarte y Legaz, los demás se olvidaron de mí. Parecía que tuviera la peste. No hay mejor crisol para depurar los amigos. En aquella antesala de la muerte, los meses pasaban, y aunque cultivaba la esperanza no percibía la más mínima expectativa de recuperar la salud. Me habían acribillado a pinchazos e inflado a estreptomycin y pastillas, habían probado con la técnica de neumotórax, aire en las pleuras, y mis pulmones no terminaban de sanar. Los médicos se mostraban escépticos y no se atrevían a hablarme, no ya de curación, sino tampoco de simple mejoría. Tengo el recuerdo de que en aquellos días de tanto antibiótico y sufrimiento perdí memoria y me aumentó el bello por el cuerpo... (Pág. 91-92)

...

Pero el adversario también elaboraba y aplicaba estrategias a largo plazo. Estrategias sibilinas, porque sus efectos serían invisibles e imprevisibles. La de la liberalización, que jugaría combinadamente con *Peón de Alfil de Dama* y *Peón de Caballo de Dama* negros, sería irrecognocible a corto plazo. Aprovechando la necesaria apertura y movimiento a favor del péndulo de liberación de posiciones demasiado conservadoras y franquistas, imprimió a aquél tal impulso, que desbordaría a la sociedad hacia posiciones imprevisibles y de difícil retorno. Liberalización que afectó a todos los campos de la actividad humana: cultural, económica, política, religiosa, etc. Aunque venían de épocas anteriores, en nuestro país fueron los años dorados de los libros rojos: Libro Rojo del Cole y Libro Rojo de Mao, que tuvieron influencia de liberalización imprevisible en amplios sectores de la juventud. Se pasó por alto el consumo de droga al considerarse por la sociedad una moda más y, cuando se vieron sus efectos sobre todo en el mundo marginal, unidos a la extorsión y robo para conseguirla, ya fué demasiado tarde y no habría manera de salir de su vorágine. Considero una satisfacción que *Caballo de Rey* jamás haya probado drogas de ningún tipo, ni se haya emborrachado. Se sacó la prostitución del armario a la calle, pensando que la pública vergüenza la mantendría a raya, pasando a ser poco menos que testimonial y residual, pero se multiplicó exponencialmente. Acampó la laxitud en las relaciones humanas. Se relajaron el espíritu de trabajo, sacrificio, autoridad, lealtad, fidelidad, entrega y prácticas religiosas. Lo que repercutió en las relaciones familiares con aumento inusitado de divorcios y relaciones sexuales extrafamiliares, rebote y desbordamiento de la juventud en aulas y familia, relaciones personales, pérdida de referencias esenciales y trascendentes y un largo etc. Con tal de no aparecer menos receptivo o abierto que los demás, se daba credibilidad a ficciones históricas interesadas, como antes había ocurrido en el franquismo, pero esta vez desde plataformas o grupos nacionalistas, interesados en montar su propia historia. En el campo político sucedió tres cuartos de lo mismo. Lo importante era ganar elecciones. Se prometían muchas cosas, pero la gestión sería harina de otro costal. Se formalizaban cuatro líneas generales y de las demás promesas no se acordaban, beneficiando a sus pesebres y parcelas. En este sentido, tal vez la excepción haya sido Adolfo Suárez. Todo ello encuadrado en el marco propagandístico de medios de comunicación, libros, obras de teatro, cine, etc y escasa actitud crítica generalizada. Un análisis honesto y crítico de la producción cinematográfica española desde el inicio de este período nos proporcionará importante información del pendulazo de la transición. Constituyó un problema cultural, en el que faltaron análisis y equilibrios necesarios... (Pág. 144)

...

En el ámbito de mis sensibles lazos con Latinoamérica, *Peón de Caballo de Dama* en combinación con *Peón de Alfil de Dama* conseguiría contactar con Nicaragua. A través de una carta de mi hijo Fernando me ponía en contacto con Ernesto Cardenal, carta, que se publicaría en el nº 3 de marzo-abril de 1984 de la revista *En Equipo*, de la Escuela Equipo, la cual transcribo a continuación, y que tras algunas peripecias, llegaría al Ministro de Cultura de Nicaragua.

Murcia, 27 de enero de 1984.

D Ernesto Cardenal

Ministro de cultura

NICARAGUA

Con todo respeto permítame, Sr. Ministro, que le llame Ernesto y le tutee.

Me llamo Fernando Herrero Vega, tengo 13 años y estudio 8º de EGB en la Escuela Equipo de Murcia (España).

Te quiero decir Ernesto que siento un gran cariño por el pueblo nicaragüense, por su proceso revolucionario y por lo que dentro del mismo representa tu persona y los cristianos de base.

Te escribo para decirte que, si fuera posible, me mandes algún libro o folleto con el plan de estudios de Nicaragua. También me interesa conocer los avances culturales desde el triunfo de la revolución en diferentes campos, como alfabetización de adultos, cómo lleváis a la práctica la formación en la solidaridad y en la justicia, etc...

Mándame también una relación de escuelas para ponernos en contacto con ellas.

Algun día me gustaría visitar Nicaragua. Entretanto, mándame algunos posters para colgarlos en la escuela, pues mis amigos también tienen una gran simpatía y afecto por el pueblo de Nicaragua.

Bueno, Ernesto, he llegado al final de mi carta. Muchas gracias por todo lo que vas a enviarme.

Recibe un fuerte abrazo de tu amigo.

Fdo. Fernando Herrero Vega.

Pasaría un año y Ernesto Cardenal no contestaba. Bastante problemas tenían en Nicaragua con los que les creaban la Contra, la CÍA, Reagan y el Imperio, como para satisfacer nuestras ilusiones. No podíamos sospechar que la carta no había llegado a su destino.

El 30 de octubre de 1984 contacté con el embajador de Nicaragua en Madrid, manifestándole la intención de la Escuela Equipo de crear una escuela en Nicaragua y haciéndole saber la carta de mi hijo Fernando a Ernesto Cardenal y la ilusión de la Escuela Equipo en su respuesta.

Mis gestiones ante el embajador en Madrid dieron su fruto, llegando la contestación de Ernesto Cardenal, cuya carta reproduzco. Carta, que se publicaría en el nº 7 de junio de 1985 de la referida revista de la Escuela Equipo.

MINISTERIO DE CULTURA DE NICARAGUA

GOBIERNO DE RECONSTRUCCIÓN NACIONAL

Managua, 25 de febrero de 1985

Compañero
FERNANDO HERRERO VEGA
Escuela Equipo de Murcia
España

Querido Fernando:

Casi un año después llegó por fin tu carta extraviada, más bien tu mensaje a través de la revista de tu escuela, acompañada de una carta de tu papá para el Embajador de Nicaragua en España, Cro. Orlando Castillo, quien, a su vez, nos hizo llegar la revista con tu carta y la carta de tu papá para él, y una nota del Embajador para nosotros.

Tu carta quizá nunca llegó hasta nosotros como parte de la agresión del imperialismo, que interrumpe y retrasa la correspondencia que se dirige a Nicaragua. Tú también fuiste, pues, en eso víctima de la agresión, como muchos otros niños nicaragüenses, que ahora son víctimas, pero esos niños y muchos otros de tu edad en la frontera norte de Nicaragua con Honduras combaten a los contrarrevolucionarios. Los niños nicaragüenses siempre han sabido defender nuestra soberanía, perdiendo acaso su infancia, la edad de los goces de la ternura, de los juegos y de la imaginación; hace muchos años, el General Sandino tuvo toda una unidad de combate en la montaña que se llamaba el “Coro de Ángeles”; después, cuando la recién pasada guerra de liberación nacional, dos niños fueron muertos por la guardia de Somoza: uno se llamaba Luis Alfonso Velázquez y le decían “El Grillito” y el otro Manuel de Jesús Rivera, y lo llamaban “La Mascota”.

Ahora estamos luchando para que todos los niños crezcan, vivan, jueguen y sueñen en paz, pero siempre nos agreden. No nos dejan construir parques, pero los construimos. Son parques de diversión donde llegan los niños a pasar sus horas libres mientras pueden. Uno de esos parques lleva el nombre de un niño mártir. Él se ha convertido en campo de juegos, en hierba verde y flores...

En cuanto a la cultura de la nueva Nicaragua te diré que lo más importante de esa cultura es su revolución, la batalla de los lápices contra la ignorancia de niños jóvenes y adultos. También iremos rescatando la felicidad.

Ojala que un día, cuando hayamos logrado la paz, puedas venir a Nicaragua a jugar con otros compañeros de tu edad y con nosotros a construir un mundo poblado por el amor. Te envío algunos carteles.

Recibe un fuerte abrazo de tu amigo.

Fdo. Ernesto Cardenal

MINISTRO DE CULTURA

Su poética prosa y firma no dejan lugar a dudas sobre la inspiración y autoría de esta carta. Así era Ernesto Cardenal, pura poesía vital y un vendaval de esperanza aun en los momentos más desesperantes de la vida.

Una mañana en la primavera de 1985 nos dirigimos Josefina Antón, entonces maestra en la Escuela Equipo, y yo a la Embajada de Nicaragua en Madrid. Llevábamos en mano un cheque de unos mil doscientos dólares para entregar a su Embajador. Pero éste no se encontraba en España y lo entregamos a su sustituto aquellos días en presencia del teólogo Forcano. Charlamos ampliamente, volviendo el mismo día a Murcia con la satisfacción en alma y cuerpo. El talón, que había salido de la generosidad de los maestros de la Escue-

la Equipo y algunas otras aportaciones menores, serviría para crear una escuela en Nueva Segovia, al norte de Nicaragua, cerca de Honduras, precisamente donde los niños plantaban cara al imperialismo y *su sangre se convertía en campo de juegos, en hierba verde y flores...* Gracias, Ernesto. Te aseguro que supuso una oportuna y feliz inyección de moral en las piezas de nuestros tableros tan necesitadas de esperanza... (Pág. 170-172)

...

Estrechando aun más el cerco, *Peón de Alfil de Dama* negro desnortó criterios en algunas Direcciones de la Arrixaca, sembrando confusión y desconcierto en sus mentes. Aquellos días, ante mis quejas por falta de criterios y medios para mejorar la gestión de Mantenimiento y petición de ayuda, un gestor me dijo que su labor en la Dirección consistía en defender a los trabajadores. No esperaba su respuesta a mi solicitud de ayuda para gestionar los recursos humanos bajo mi responsabilidad, ni pude evitar verme envuelto en aquel movimiento de desconcierto empresarial. Me quedé estupefacto, pues se invertían los papeles. De gestionar a las órdenes de..., me convertía en empresario y explotador, minaba mi autoridad y, como mando intermedio, me dejaba indefenso. El gestor, dejaba de dirigir y gestionar la empresa y se convertía en abogado laboralista. ¡Qué barbaridad! Ésta era, por poner una muestra, la visión de empresa, que me tocaría 'vivir' aquellos años. Desconcierto, que me forzó a mover *Peón de Caballo de Dama* para elaborar criterios justos: también yo era trabajador y la Ciudad Sanitaria, pública o semipública, nuestra empresa en definitiva, tenía la obligación legal y moral de gestionar, rentabilizar y poner al servicio del Hospital, de la salud de los ciudadanos, todos los recursos de cualquier tipo, también los humanos... (Pág. 173)

...

—En la Semana Santa de 1965 ...

—Como en las grandes historias surgiría imprevista e inesperadamente el amor ...

—Pues sí. Nunca mejor dicho.

—Y en el lugar más inusual.

—Por supuesto. El autobús de Segovia a Fuentidueña fue el escenario de aquel fuego de miradas intensas, sin palabras, rico en silencios, que nos llamaba.

—Autobús, al que tendrás reservado un lugar de lujo en tu corazón, ¿no?

—¿Te soy sincero? No ocupa ningún lugar privilegiado, simplemente transita sin cesar en mi corazón.

—¿Y te parece poco? Me gustaría escuchar de tus labios esos viajes del autobús en tu corazón.

—No recuerdo si el autobús era grande o pequeño, si se caía de viejo o relucía sus galas de nuevo. No me importa, más bien lo ignoro, si iba lleno o medio vacío. Mi corazón sabe que aquel autobús inició para nosotros el viaje al amor y que aún sigue rodando con aquella mirada, mitad mar y mitad cielo.

—Enternecedor. Aquellos ojos azules, mitad mar y mitad cielo, también contagiaron mi naturaleza de ángel. Los tengo registrados, ¿sabes? Pero quiero apuntar un movimiento decisivo.

—¿Cuál?

—Al autobús yo añadiría la suerte activa, es decir, tu decisión de visitar a la familia de Florita Vega, porque sin aquella visita ...

—Aquella visita constituyó el vínculo del cálido encuentro, que abría nuestras vidas a la esperanza.

—Encuentro vital donde los haya, que se prolongaría unos diez o doce días.

—Aquellos intensos días mantuvimos muchos encuentros, cuyos límites hoy se me antojan difusos.

—Y tan difusos que constituían un único encuentro.

—Pues nos veíamos todos los días, incluso algunos varias veces.

—Os visteis un montón de veces, es cierto. Pero el encuentro no cerraba sus puertas con la ausencia, seguía su proceso de amor, ¿cómo te diría yo para que me entiendas?, como un proceso creativo, que intercambia ideas y emociones, las asimila, las transforma, vuelve al intercambio y así hasta que el proceso toma cuerpo y entidad propia. Como podrás suponer en este proceso cuentan poco lugar y tiempo.

—Ahora me explico yo sus difusos límites.

—Aquel Encuentro, ¿no te importa que lo escriba con mayúscula, verdad?, constituyó una entidad singular y propia, que vertebraría vuestras vidas.

—Gracias por tu importante perspectiva. Me gustaría oír de tus labios con más detalle.

—Sí. El Encuentro facilitó las bases de vuestro amor. Bases realistas y equilibradas, por otra parte, poco habituales en otros encuentros de pareja. El respeto suministraba oxígeno a aquel intercambio de esperanzas. Sinceridad y lealtad iban por delante anunciándoos a los dos en el Encuentro. Desapego material y espiritual, o *Peón de Dama* como te complaces en decir, entrega a los demás, esfuerzo y sacrificio constituían las ventanas del Encuentro, que os seña-

laban el horizonte del Reino de Dios, ideal cristiano. La confianza se convertía en adelantado de pensamientos, miradas, aptitudes y actuaciones compartidas. Alegría y gozo se dejaban sentir como firme y permanente maná. Las expectativas de aquel Encuentro ...

—No sigas que me emociono.

—Yo me emocioné entonces. Decía, y termino, que las expectativas de aquel Encuentro vertebrarían la médula de vuestra relación.

—Que a lo largo de nuestras vidas iríamos desarrollando.

—Por supuesto. El pacto de amor de aquel Encuentro potenciaba, además, la fortaleza de tu maltrecho tablero.

—Los recuerdos son inevitables.

—¿Tus emociones?

—Quizás más que emociones. Me vienen a la memoria aquellos intensos gozos a caballo entre cosquilleos de chispitas, agradable calorcillo y levitación de entrañas. La potenciación de los sentidos, que, por una parte, se agudizaban y, por otra, se volvían insensibles a frío, dolor, hambre, cansancio y ... Alegría, optimismo y esperanza me desbordaban. Mi fe daba un salto cuantitativo. La perspectiva en todas direcciones: pasado, presente y futuro, cambiaría radicalmente.

—En definitiva un fuerte impulso vital. Has hecho una descripción preciosa del amor. Te había tocado el amor.

—Gracias a Dios por aquel Encuentro... (Pág. 292-294)

...

—En algunas ocasiones me han seducido tus intuiciones, ¿sabes?

—¿Por qué? Las intuiciones son habituales en las personas, ¿no?

—No tan comunes como piensas. Habrá personas, cuya vida haya transcurrido sin una sola intuición, porque serían incapaces de acceder a ellas.

—Pues reconozco que mi vida ha pasado por diversas intuiciones.

—Y yo lo confirmo.

—¿Han sido muchas? Me gustaría conocer la intensidad de tus registros.

—Te relataré unas cuantas, aquellas cuyas secuencias son nítidas.

La primera sucedió durante tu estancia en la Compañía de Jesús en Aranjuez. En el transcurso entre solicitud y confirmación de destino a misiones de Perú, disfrutaste por adelantado del estado de ánimo de certeza moral, esperanza, paz y gozo espiritual de ser elegido en la terna. La alegría y deferencia del Padre Martinho te la indujo sin una palabra, sin un gesto.

—¿De dónde has sacado esas secuencias? Me dejas gratamente sorprendido.

—La segunda, tú mismo la relatas, sucedió también en la Compañía de Jesús en Perú y con el Padre Martinho de por medio. Intuición un tanto *sui generis*, en la que tu trabajo literario *Nuestro Puesto en el Marañón* le venía al padre Martinho como anillo al dedo, como si lo hubieras escrito para él. Dicho y hecho. Casi dos años después, en 1964, pasaría por Huachipa el padre Martinho con destino a Iquitos. No conocías sus deseos, ni su destino hasta que le viste en Huachipa, ni él conocía tu trabajo literario elaborado con veinte meses de antelación a su llegada a Perú. Pero he aquí la reciprocidad luminosa en dos personas, que se tenían mutuo afecto: él con su decisión de predilección te envió al Perú y tú con la ilusión de tu artículo le mandaste al Marañón.

—¡Qué gran persona y jesuita fué para mí el Padre Martinho! Movió con soltura los hilos del bien de *Peón de Caballo de Rey* blanco.

—Me gustaría referir otras dos intuiciones.

—Adelante.

—La publicación de tu libro *Guía Cultural de Fuentidueña* provocó en la Villa notable revuelo cultural, sorprendiendo gratamente. Al siguiente domingo de entregar los libros, esperando sentados en los bancos de la Iglesia de San Miguel el comienzo de la Misa, dijiste a tu esposa: el Señor Cura va a hablar hoy en la homilía de mi libro. Efectivamente, haría mención del libro, como un don, que agradecer a Dios.

Por último voy a referir otra, que sucedería hace unos dos meses. Un sábado en la tarde de octubre ibas andando con tu esposa por los soportales de la Catedral de Murcia, absorto en tus pensamientos, en los que ya rondaba unos minutos un capellán de la Arrixaca. Te preguntabas qué sería de aquel cura, que hacía tanto tiempo que no lo veías, cuando te lo cruzaste antes de virar a Trapería.

—Estas dos últimas las tengo aún frescas. La verdad es que la intuición me ha funcionado.

—¿Sabes?, me gustaría comentar otro aspecto de las intuiciones.

—Pues estoy deseando oírlo.

—Verás. Hay intuiciones, que por diversas razones, se quedan sin materializar, se quedan en el aire.

—Sí, claro, duermen el sueño de los justos en el limbo de los deseos.

—Esperando su realización.

—¿Y quién tiene que realizarlas?

—Dependen de vuestras estrategias.

—¿No querrás decir que dependen de mis movimientos?

—Sí, amigo. Tuyos y del resto de personas, que de una u otra manera tengan vínculos con ellas.

—Me gustaría que trajeras un ejemplo.

—Claro. Hay una idea de amor, para ti es una intuición en ciernes, que, entre otros, está esperando casi cincuenta años tu movimiento de *Peón de Caballo de Dama* para su encarnación.

—Pues no caigo en la cuenta.

—Tú mismo la relatas en el diálogo con Higinio en Valdelatas: ... me gustaría hacerles llegar que, aun en aquellas angustiosas circunstancias, tenían 'un padre', de lo cual fui testigo.

Descubrir la figura de los padres en su profunda dimensión, tan íntimamente ligada a la recuperación del niño en el adulto, es gratificante y maravilloso. Los padres son los pilares de la familia, facilitan el aire que respiran las emociones, los soportes de la personalidad ... Tu felicidad al descubrir a tu padre desbordó mis registros.

—Tienes toda la razón del mundo. Es una intuición camino de..., que tal vez llegase a su familia con la publicación de *Mi Partida*.

—Exactamente. Es posible que la intuición se encarnara. Lo que equivaldría a reforzar posiciones de avance y afianzamiento del Amor en muchos tableros en su camino a la Perfección.

—También para mí resultaría una gratificante satisfacción constituirme en mensajero del Amor... (Pág. 299-301)